

defender la corona, para huir de Cromwell. ¿Pero quién me enviará este billete que recibí ayer? Esta letra...

ORMOND. (Acercándosele.) ¡Dios guarde á lord Broghill!

BRO. ¿Quién eres tú que á esta hora me haces abandonar el palacio para venir á este tabuco desierto? Quién eres? De dónde vienes? Quién te envía? (Yo he visto á este hombre en alguna parte.)

ORM. Lord Broghill!

BRO. Respóndeme, que á los ganapanes como tú se les hace gran honor tratándoseles bien como te trato yo.

ORM. Esas palabras no son dignas de un senador popular, ni de un amigo de Cromwell.

BRO. Cromwell es un antiguo puritano, que si le hubieses despertado tan temprano como á mí, te hubiera hecho colgar de una horea para que nunca te se hubiera vuelto á ocurrir semejante idea.

ORM. (No espero despertarle, espero dormirle.)

BRO. Cromwell al fin vá á asegurarse en el trono y sabrá castigar á la canalla insolente.

ORM. Su trono es un tajo y su púrpura es sangrienta. Yo veo esto, y vos, servidor tráfuga de los Stuardos, vos lo habeis olvidado.

BRO. Esa mirada... esa voz... ¿Quién sois?

ORM. Acordaos, milord, de las guerras de Irlanda; en ellas los dos servíamos al rey.

BRO. ¡Eres mi antiguo amigo el conde de Ormond! Eres tú! Tú en Londres! ¡Y la víspera del mismo día en que Cromwell, triunfante, vá á elevarse á la dignidad real! ¡Han puesto á precio tu cabeza! Si te conociesen!... ¿Qué vienes á hacer aquí, desgraciado?

ORM. A cumplir mi deber.

BRO. Te disfrazas completamente ese traje... ¿Qué cambiado estás!

ORM. Menos que tú, que doblas las rodillas ante Cromwell y que te arrastras á los pies de un infame regicida. Yo cambié de traje, pero tú has cambiado de alma. ¡Tú, que tan grande eras en los combates! Has subido muy alto para caer muy bajo.

BRO. Te compadecia vencido, te reverenciaba proscrito, pero ese lenguaje...

ORM. Es severo, pero justo. Oyeme, que todo puede aun repararse. Sírveme...

BRO. Cerca de Cromwell? Sí; corro

á implorar tu perdon... puedo salvarte la vida.

ORM. Detente! Pídeme primero que proteja tu cabeza; porque tu protector, tu rey, Cromwell, está más cerca de perderla que yo.

BRO. ¿Qué estás diciendo?

ORM. Escúchame. Cromwell, devorado por la tristeza, cansado de los títulos mezquinos de protector y de alteza, quiere subir las gradas del trono y que los reyes le llamen majestad. Pretende apoderarse de la sangrienta herencia de Carlos I; pues bien, heredará su trono y su tumba. El orgulloso rey regicida sentirá muy pronto el peso de la corona, verá muy pronto que aplasta algunas veces las cabezas que ciñe.

BRO. ¿Qué quieres decir?

ORM. Que mañana, á la hora en que se abra el palacio de Westminster para ese rey, que el infierno vá á consagrar, en las mismas gradas del trono que vá á usurpar, nuestras espadas le harán caer ensangrentado.

BRO. Insensato! El ejército le adora, y es imposible traspasar sus filas espesas de alabarderos, de heraldos, de maceros, de mosqueteros negros y de coraceros rojos.

ORM. Los tenemos de nuestra parte.

BRO. ¿Fundas tu loca esperanza en unir en un mismo bando á los caballeros y á los puritanos?

ORM. Verán tus propios ojos aquí dentro de poco á los partidarios del rey confundidos con los partidarios del Parlamento. A los sombríos puritanos los arrastra el fanatismo, y no quieren á Cromwell como no quieren á Carlos. Su jefe Lambert, que es rival de Oliverio, se ha unido á nosotros y pretende reemplazar á Cromwell; pero eso ya lo trataremos más tarde. El oro de España y de Flandes nos proporciona muchísimos aliados; en una palabra, la partida es nuestra y vamos á jugar los dados.

BRO. Tened presente que Cromwell es muy diestro y que os jugais la cabeza.

ORM. Nuestra sublevacion es de éxito seguro. Rochester es el emisario que nos traerá aquí ahora mismo la voluntad secreta del rey y que vendrá con Sedley, Jenkins, Clifford y Davenant. A esta cita asistirán tambien Carr, Harrison, Ricardo Willis...

BRO. Esos están en la cárcel, son enemigos que Cromwell tiene encerrados en la Torre de Londres.

ORM. Una palabra vá á confundirte,

Ligados á la misma causa, pero por motivos diferentes, para derribar á Oliverio contamos entre nuestras filas al carcelero de la Torre, á Barksthead el regicida, que la esperanza de alcanzar el perdon le hizo afiliarse á nuestro bando. Ya ves que la rebelion está bien tramada, la red bien tendida, y caerá en ella. Unánimes los partidos, han cruzado sus abismos bajo el trono que él levanta. Por eso yo llego ahora del continente. Quisiera salvarte, milord, y por eso te pregunto en nombre de Carlos II mi señor: ¿quieres vivir siendo leal ó morir siendo traidor?

BRO. ¿Qué es lo que pretendes?

ORM. Que vuelvas á alistarte bajo la bandera real.

BRO. He sido vasallo tan digno y tan leal como tú; defendiendo á Carlos I, en nuestras guerras civiles tomé por asalto castillos y defendí ciudades, y vine á parar por mi destino cruel de soldado de los Stuardos á cortesano de Cromwell. Deja que siga su triste suerte este desgraciado tráfuga, y á tu vez escúchame: quiero que seas mi juez. Durante la guerra con el Parlamento vine á Londres á armar un regimiento, escondiéndome como tú hoy, porque estaba proscrito. Un día vino á visitarme un desconocido; era Cromwell. Mi vida estaba en su poder, él me salvó, y por él olvidé mi deber. Se apoderó de mí, y muy pronto, como él, me convertí en rebelde y en sacrilego, apoyé á sus republicanos, y á pesar de ser enviado del rey, le combatí. Despues, Cromwell me nombró par, teniente general de artillería, lord de su corte y de su Consejo privado. De modo que habiendo recibido tantos favores de su mano, si cae debo caer con él, y no puedo, á pesar de ser rebelde á mi rey legítimo y de que el afecto me ligue á su causa, volver á sus banderas sin cometer una traicion.

ORM. Rompiendo con nosotros el yugo que nos oprime, probarás que te arrepientes.

BRO. Me arrepentiria cometiendo un nuevo crimen. No puedo ser cómplice de tu fatal secreto, pero sí que puedo ser discreto confidente. Debo, permaneciendo neutral en la lucha, sufrir vuestro triunfo ó dulcificar vuestra caída, y sea quién sea el vencedor, ó perecer con Cromwell ó inclinarme á que os perdone.

ORM. Debes callar y no obrar! De ese modo serás pérfido con Cromwell, sin servir á tu verdadero señor. Sé sincero amigo ó sincero enemigo; no seas traidor.

ni fiel á medias. Antes que eso, denúnciame.

BRO. Conde, si no estuvieras proscrito me darias explicacion de esa palabra.

ORM. Perdóname, milord, que soy un soldado veterano, que he servido veinte años fielmente al rey, y casi todos mis servicios, casi todos mis combates los llevo escritos en mi cuerpo con grandes cicatrices. Mi cabeza ha blanqueado bajo el casco y mi cuerpo ha envejecido dentro de la armadura. He luchado con los únicos brazos que podian en el mundo derribar ó sostener el trono de Inglaterra, y vi caer ese trono destrozado en los campamentos. Pero al fin, voy á alcanzar el objeto de todas mis fatigas, porque Cromwell vá á sucumbir; pero para amargar mi alegría, para emponzoñar mi gloria, ¿ha de matar mi triunfo á un amigo antiguo y querido? Acuérdate que juntos los dos hemos mojado en la misma sangre nuestras espadas y hemos aspirado el polvo de los mismos combates. Por segunda y por última vez te pregunto: ¿quieres vivir siendo leal ó morir siendo traidor? Reflexiona: para contestar te concedo una hora.

Escribe algunas palabras en un papel, que presenta á BROGHILL.

Aquí tienes mi nombre fingido y las señas de mi secreta guarida.

BRO. (Rechazando el papel.) No me lo digas, no quiero saberlo; ya sé demasiado. Largo tiempo la misma tienda nos cobijó en los campamentos; no lo ignoro, pero hoy es preciso que siga cada uno el camino que le traza su suerte. No he de ser delator ni cómplice, y olvidaré todo lo que me has dicho. ¿Pero estás seguro de que triunfará la sublevacion? Nada se escapa á las miradas de Cromwell; vigila la Europa; su ojo todo lo espía y su mano todo lo envuelve, y cuando tu brazo busque donde herirle, quizás ya tenga cogido el hilo que impida mover tu brazo. ¡Tiembra, Ormond!

ORM. Te ruego que me dejes y que vayas á besar las manos al dictador.

LORD BROGHILL sale y cierra tras sí la puerta del fondo.

ESCENA II.

LORD ORMOND, solo.

No pensemos más en él!

Se sienta y se queda pensativo. Oyese una voz que gradualmente se aproxima y que canta con música alegre la balada siguiente:

Un soldado de faz dura,

una noche de faccion,
paró á un paje de ojos vivos,
paje que andaba veloz.
—¿Dónde vais, hermoso paje,
á estas horas tan gentil
por las calles tan desiertas,
con casaca de satin?

—Buen soldado, la zimarra (1)
que yo llevo verte evita,
que escondo espada y guitarra,
porque yo voy á una cita.
Compañía es silenciosa
que lleva el paje celoso;
guitarra para la esposa
y espada para el esposo.

Llaman á la puerta del fondo. Despues la voz continúa:

Pero el centinela duda,
y al mirar que el paje corre,
respondióle con voz ruda
desde lo alto de la torre:
—No andes ni un palmo de tierra,
que no me engañas, traidor;
vas á una cita de guerra
y no á una cita de amor.

Llaman á la puerta más fuerte.

ORM. (Levantándose para abrir.) ¿Quién será
el que canta? O será algun bufon ó Ro-
chester. (Abre la puerta y mira hácia la calle.) Es el
mismo.

Entra LORD ROCHESTER muy alegre, con un lápiz y con un
papel en la mano.

ESCENA III.

LORD ORMOND y LORD ROCHESTER vestido de caballero,
muy elegante y cargado de dijes y de cintajos; viene envuelto en
una capa de puritano, de paño gris, y lleva gran sombrero. Su
gorro negro oculta mal sus cabellos blondos, de los que un bucle
sale por detrás de las orejas, siguiendo la moda de los caballeros
jóvenes de aquella época.

ROCHESTER. (Saludando.) Dispensadme,
milord conde; estaba escribiendo una
cancion. Os gusta?

Un soldado de faz dura, (Cantando.)
una noche de faccion...

Esta es música francesa, que me han
enseñado en Paris.

ORM. Me gusta, pero temo que el
soldado no arreste al paje.

ROCH. Hubiérais preferido que hu-
biera dicho:

Un soldado de faz dura,
una noche de faccion,
arrestó á un hermoso paje...

En lugar de decir:

Un soldado de faz dura,

(1) *Zimarra*, traje talar italiano.—(N. del T.)

una noche de faccion,
paró... etc. etc.

Pero repetir la palabra *paje* le dá mu-
cha gracia. No es verdad?

ORM. Perdonadme, milord; carezco
de títulos para juzgar de vuestro ta-
lento.

ROCH. Al contrario; creo que sois un
juez excelente, y para probároslo, mi-
lord, voy á leeros una composicion corta
que he escrito "A la bella Egeria..."
Adivinad á quién la dedico.

ORM. Milord, estos momentos no son
á propósito para bromas. (¡Vive Dios que
Cárlos es tan loco como él cuando nos
envia semejante emisario!)

ROCH. Al contrario, esto es muy sé-
rio; se trata nada menos que de Francis-
ca Cromwell.

ORM. De Francisca Cromwell!

ROCH. Vaya! ¡Como que estoy ena-
morado de ella!

ORM. De la hija menor de Cromwell!

ROCH. Sí; es gentil, es encantadora,
es un ángel.

ORM. Vive Dios! Lord Rochester
enamorado de...

ROCH. De Francisca Cromwell. Vues-
tro asombro me hace adivinar que no
habeis visto nunca su divina belleza.
Tiene diez y siete años, cabello negro,
aire majestuoso, la blancura de la flor
de lis, hermosas manos y hermosos ojos.
¡Milord, es una sílfide, una ninfa, una
hada! Ayer la ví. Estaba mal peinada,
pero todo la sienta bien, todo la favore-
ce. Me han dicho que el mes pasado vino
á Lóndres, que la educó su tia lejos de
Cromwell y que conserva grabada en el
corazon la lealtad al rey.

ORM. Eso es pura fábula. ¿Pero dón-
de la habeis visto?

ROCH. Ayer, en Westminster; en el
banquete real que la ciudad de Lóndres
dió á Cromwell, á quien Dios confunda.
Tenia vivos deseos de conocer al Protec-
tor; pero cuando dirigí la vista al estra-
do y ví á Francisca, tan hermosa y tan
modesta, me quedé inmóvil y encanta-
do, y ya no ví nada más. Al salir de allí
ni siquiera puedo decir si Cromwell para
hablar inclina ó levanta la cabeza, si
tiene la frente corta ó la nariz larga, si
es moreno ó rubio, si está triste ó alegre;
allí solo ví á su hija, y desde que la ví,
os juro, milord, que estoy loco.

ORM. Os creo.

ROCH. Por eso he escrito este madri-
gal; es género que está en moda.

ORM. Permitidme, milord, que os di-
ga que aquí habeis venido á participar

ESCENA IV.

LORD ORMONT, LORD ROCHESTER y DAVENANT.

ROCH. Querido poeta, os esperamos
para leer un madrigal.

DAVENANT. Más grave es el asunto
que aquí me trae. Dios os guarde, mi-
lord.

ORM. ¿Nos traeis órdenes de Ale-
mania?

DAV. Acabo de llegar de Colonia.

ORM. Habeis visto al rey?

DAV. No, pero su majestad me ha
hablado.

ORM. Pues no os comprendo.

DAV. Os explicaré este misterio. An-
tes de autorizar mi partida de Inglaterra,
Cromwell me llamó, exigiéndome
palabra de honor de que no veria al rey;
yo se lo prometí. Apenas llegué á Colo-
nia, tratando de cumplir la promesa, es-
cribí al rey pidiéndole que me permitiera
ser introducido en su cámara á oscuras.

ROCH. De veras! (Riendo.)

DAV. Su majestad me lo permitió, y
en la entrevista me honró dándome una
orden para que os la entregara; de este
modo pude ser fiel á mi doble deber;
hablé al rey y no le ví.

ROCH. (Riendo más fuerte.) Esa es una as-
tucia de las mejor urdidadas. Es una de
las más graciosas de vuestras come-
dias.

ORM. Dónde está la orden del rey?

DAV. La llevo oculta en el fondo del
sombrero, metida en una bolsa de ter-
ciopelo, para estar seguro de que nadie
me la pueda quitar.

Saca del sombrero un saquito de terciopelo carmesí, extrae
de él un pergamino sellado y se lo entrega á LORD ORMOND,
que lo recibe de rodillas y lo abre despues de haberlo besado
con respeto.

ROCH. Mientras que él lee eso po-
deis oír esta composicion...

ORM. (Leyendo en voz alta.) "Jacobó Butler,
nuestro digno y leal conde y marqués
de Ormond, es preciso introducir en
White-Hall á Rochester, cerca de Crom-
well."

ROCH. Perfectamente! El rey quiere
que seduzca á la hija de Oliverio.

ORM. (Continúa leyendo.) "Que mezcle un
narcótico en el vino que bebe cuando
come; y cuando se duerma, apoderaos de
él en su lecho y traédnosle vivo. Quere-
mos juzgarle. Es nuestra voluntad que
tengais en Davenant completa confian-
za.—Cárlos, rey."

me si asistirán á esta cita muchos gen-
tiles-hombres, si hemos encontrado en
Lambert un apoyo real, y no á escribir
versos á la hija de Cromwell.

ROCH. Creo que puedo, sin hacer
traicion, estar enamorado de una jóven.

ORM. También lo estais de su padre?

ROCH. Haceis mal en incomodaros,
porque estoy seguro que esta aventura
divertiria al rey, porque enamorando á
la hija de Cromwell continuó haciendo
la guerra á éste. Él y yo, sin habernos
encontrado nunca, tuvimos los dos por
querida al mismo tiempo á lady Dysert,
la que para hacer cesar este escándalo,
segun se dice, vá á casarse con lord Lau-
derdale.

ORM. En esa materia no se debe ca-
lumniar á Cromwell, porque es casto, y
no se puede negar que tiene las costum-
bres austeras del verdadero reformador.

ROCH. (Riendo.) Su autoridad oculta
muchos misterios, y ese viejo hipócrita
ha probado que por más de un punto
toca con la humanidad. Si os place os
voy á leer el madrigal.

ORM. Escuchadme, conde de Roches-
ter; vos sois jóven, pero yo soy viejo y
continuó siguiendo las tradiciones de la
caballería; por lo que me atrevo á deci-
ros que los versos, que en Paris divier-
ten á los badulaques, son propios de la
clase media y de gentes de segunda lí-
nea. Los abogados los escriben, pero
vuestros iguales se ruborizarian de ocu-
parse de semejante cosa. Sois noble, mi-
lord, y de la nobleza más antigua. Vues-
tro escudo ostenta la corona de conde y
el manto de par, con esta leyenda: *Aut
nunquam aut semper*. Sé poco latin, pero
os traduciré en inglés lo que quiere de-
cir vuestra divisa: *Servid de apoyo al rey
y á los señores feudales, y no compongais
versos; esa ocupacion corresponde al pueblo*.
Así, pues, lord de Inglaterra, no empa-
ñeis vuestro rango hereditario haciendo
lo que desdeñaria hacer un baronnet.

ROCH. ¡Vive Dios que eso es una con-
denacion en forma! Puede ser que haya
pecado, pero entre los versificadores de
baja estofa tengo por cómplice á Riche-
lieu, al cardenal poeta; y aunque sopor-
taran los dos escudos de mi blason el
unicornio del rey y el leon de Inglaterra,
os juro que seguiria componiendo
versos.

Se abre la puerta del foro y aparece DAVENANT vestido con
traje sencillo y negro, con capa grande y sombrero alto.

Venís á tiempo para variar un poco
el diálogo.

Devuelve con el mismo ceremonial la carta á DAVENANT, el que á su vez la besa y la vuelve á meter en el saquito de terciopelo, que oculta en el sombrero.

Eso es más fácil de decir que de hacer. ¿Cómo diablos hemos de introducir á Rochester en la cámara de Cromwell?

DAV. Conozco á un viejo doctor en derecho que está siempre á su lado, á Juan Milton, su secretario intérprete, que está ciego, que es bastante buen clérigo, pero bastante mal poeta.

ROCH. ¿Hablais de Milton, de ese amigo de los asesinos del rey que escribió el *Iconoclasta* y no sé qué más? ¿Del antagonista desconocido del célebre Saumaise?

DAV. Pues hoy me alegro mucho de ser amigo suyo, porque creo que al Protector le falta un capellan. Milton puede conseguir que lord Rochester consiga ese empleo.

ORM. Rochester capellan! ¡La mascarada seria completa!

ROCH. Por qué, milord? Yo sé representar toda clase de papeles. Hice de ladrón en la comedia *El Rey leñador*. Ahora me tocará representar el papel de un doctor puritano; basta para esto con predicar á todas horas y hablar siempre del dragon, del becerro de oro, de las flautas de Jezer y de los antros de Endor. Este es el camino seguro para entrar en la cámara de Cromwell.

DAV. (Se sienta junto á una mesa y escribe una carta.) Con que presentéis estas líneas mías á Milton, os aseguro, milord, que os recomendará y el diablo os tomará por capellan.

ROCH. Veré á Francisca! (Adelanta la mano apresuradamente para tomar la carta de DAVENANT.)

DAV. Permitidme que la doble y que la cierre.

ORM. (A ROCHESTER.) No cometais ninguna locura por esa jóven.

ROCH. No tengais cuidado. (¡Si pudiera entregarle el madrigal! Esto me haria adelantar mucho camino.) (En voz alta.) Cuando logre el empleo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

DAV. (Entregándole una redoma.) Esta redoma contiene un narcótico muy eficaz. Todas las noches Cromwell bebe hipocrás empapado con ramas de romero. Mezclad con él estos polvos y seducid á la guardia de la puerta del parque. (Dirigiéndose á ORMOND.) Lo demás lo haremos nosotros.

ORM. ¿Por qué desea el rey que un golpe de mano arrebatase esta noche á Cromwell, que ha de morir mañana? Hasta los suyos han jurado su muerte.

DAV. Porque el rey quiere sustraerle de los puritanos y derribar á Cromwell sin su ayuda. Además, es conveniente muchas veces tener en rehenes á un enemigo vivo.

ROCH. Y el dinero?

DAV. Un brick, que vendrá por el Támesis, trae una cantidad de oro, que nos transmitirá; pero en caso de urgencia, el maldito judío Manassé nos abrirá generosamente un crédito.

ORM. Está bien.

DAV. Conservemos siempre el apoyo de los puritanos; necesitamos su concurso, porque vamos á derribar una encina que tiene raíces profundas, y el viejo zorro, si burla nuestras redes, caerá entonces á los golpes de nuestros puñales.

ROCH. Muy bien dicho, Davenant! ¡Es propio de poetas usar metáforas sonoras! ¡Es ingenioso decir que Cromwell es á la vez encina y zorro! ¡Sois la lumbrera del Pindo inglés. Por lo tanto, maestro, reclamo vuestro permiso para...

ORM. (Ya vá á aparecer el madrigal.)

ROCH. Son unos versos que ayer tarde...

ORM. Milord, este no es sitio para eso.

ROCH. (Estos grandes señores todos son unos estúpidos, y les molesta que un lord tenga talento.)

DAV. (A ROCHESTER.) Milord, cuando Carlos II entre en Windsor Loge nos recitareis esos versos y convidaremos á que los oigan á Vithers, á Waller y á Saint-Albans. Me permitireis, milord, que ahora me abstenga de oírlos.

ORM. Sí; conspiremos tranquilamente. (A DAVENANT.) Habéis hablado como un príncipe.

ROCH. No queréis, pues, oírlos?

DAV. Nos falta tiempo. Tenemos muchos puntos que discutir respecto á la sublevación.

ROCH. ¿Creeis que es malo mi madrigal, porque no he escrito tragicomedias ni mascaradas?

DAV. Os habeis incomodado, milord?

ROCH. ¡Id al diablo y dejadme en paz!

DAV. No creí que esto os ofendiera.

ORM. Milord...

DAV. Pero milord...

ROCH. (Rechazándole.) Eso es envidia!

ORM. Milord, el peor de los fátuos que se pasea por Paris, el último pisaverde de la plaza Real, tiene menos lleno el espíritu que vos de versos ridículos.

ROCH. (Furioso.) Milord, no sois mi pa-

dre y vuestros cabellos grises no os librarán de mí. Ya que sois jóven para hablar, somos de la misma edad y me dareis satisfaccion de este ultraje.

ORM. Con mucho gusto. Sacad la espada, jovenzuelo, que para mí vale tanto como una caña. (Sacan los dos los aceros.)

DAV. (Arrojándose entre los dos.) Milores, ¿qué es lo que haceis? Este no es momento ni sitio de batirse.

ROCH. (Blandiendo la espada.) La paz es buena, pero la guerra es mejor.

DAV. (Esforzándose en separarlos.) ¡Vais á mover un escándalo!

Llaman á la puerta del foro. Sigue hablando el mismo.

Creo que llaman!

Llaman más fuerte.

En nombre de Dios, milores. (Los combatientes continúan.) En nombre del rey! (Los dos adversarios se paran y bajan las espadas. Vuelven á llamar.) Todo se ha perdido! ¡Quizás acuda la guardia!

Los dos lóres envainan las espadas, se ponen los sombreros y se envuelven en las capas. DAVENANT vá á abrir.

ESCENA V.

Los mismos y CARR con traje de puritano.

CAR. ¿Es aquí, hermanos, donde se reúne la Asamblea de los Santos?

DAV. (Devolviéndole el saludo.) Sí. (Bajo á LORD ORMOND.) Así se llaman á sí mismos los condenados puritanos. (Alto á CARR.) Sed bien venido, hermano, al conventículo.

ORM. (Bajo á ROCHESTER.) Vuestro acceso belicoso ha sido muy ridículo, milord. Olvidémosle. Yo lo provoqué, pero seamos amigos.

ROCH. (Inclinándose.) Estoy á vuestras órdenes, milord.

ORM. Conde, ocupémonos solo del rey, cuyo servicio exige que se unan nuestras manos.

ROCH. Marqués, este deber es para mí una dicha.

CAR. (Juntando las manos sobre el pecho y elevando los ojos al cielo.) Hermanos, continuad. Cuando llego al sermón, ya sé que soy el convidado menos digno al santo banquete y que nadie debe molestarse cuando yo llego. Comprendo perfectamente que el ruido que oí desde fuera lo produjo un combate espiritual.

ROCH. (Diablo.)

CAR. Estoy acostumbrado á esas luchas; podeis continuarlas, porque esos combates nutren el espíritu.

ROCH. (A DAVENANT.) Con el...

DAV. (A ROCHESTER.) Silencio, milord!

CAR. Dios ha dicho: *Recorred el mundo y predicad mi palabra.*

ROCH. (Con él aprenderé mi papel de capellan.)

CAR. Merecí la cólera del Parlamento largo, y hace siete años que me tienen cerrado en la Torre, llorando por nuestras libertades, que Cromwell hizo desaparecer. Esta madrugada entró el carcelero en mi calabozo y me dijo: "Os esperan en la taberna de las *Tres Grullas*. Israel convoca allí sus tribus para destruir á Cromwell; acude allí." Salí de la prision y vine aquí, como en los tiempos antiguos Jacob llegó á Mesopotamia. Mi alma espera vuestras palabras de miel, como la tierra seca espera el rocío del cielo; la maldicion me mancha y me envuelve; purificadme, pues, hermanos, con el hisopo.

ROCH. (Bajo á DAVENANT.) ¡Qué jerigonza tan sombría!

DAV. (Bajo á ROCHESTER.) Eso es el Apocalipsis.

CAR. Mi alma desea luz.

ROCH. (Pues hacéd cesar el eclipse.)

DAV. (A LORD ORMOND.) ¿Este tipo es independiente de la especie ordinaria?

ORM. (A DAVENANT.) No; es milenario. Cree que durante mil años van á encargarse los santos de gobernar solos, y los santos son sus amigos.

CAR. He sufrido mucho, hermanos míos. Me han olvidado mucho tiempo en la cárcel, y cautivo lloraba por Inglaterra como el pelicano cerca del lago solitario; el fuego del pecado marchitó mi frente y secó mi brazo, pero al fin el Señor se compadeció de mí, sacándome de la prision, y afilando mi espada en la piedra del Templo, vá á herir á Cromwell y echar de Sion la desolacion y la perdicion. Entre vosotros pongo mi ropa virginal; guiad mis pasos por el estrecho sendero y que glorifique vuestro recto corazón la llegada de los mil años. Los santos que Dios protege van á gobernar el mundo; vosotros sereis los santos.

ROCH. Eso es hacernos demasiado honor.

CAR. Y como Dios no me inspire seré mudo, porque deseo oír el maná celeste que mane de vuestros labios. ¿Sobre qué texto teniais la controversia?

ROCH. Cuando entrásteis? La controversia era sobre unos versos, sobre un madrigal... pero primero bebamos. ¿Teneis sed?

CAR. Jamás tengo sed ni hambre.

ROCH. No importa. Eh! Camarero! Camarero! Traénos vino.

El camarero arregla una mesa con brocs y vasijas de estaño. CARR y ROCHESTER se sientan á dicha mesa. CARR se pone vino el primero y ofrece el vaso á ROCHESTER, que continúa hablando.

Gracias. Preguntábais qué texto estábamos discutiendo y yo os contesté que era un madrigal.

CARR. Un madrigal?

ROCH. Sí.

CARR. Qué es un madrigal?

ROCH. Es... un psalmo.

CARR. Pues entonces leédmelo.

ROCH. Me direis despues lo que os parezca. "A la bella Egeria..." Debo advertiros que se llama Francisca la persona á quien los dedico, pero como este nombre es muy vulgar, creo que no debe usarse en la poesía. Hecha esta salvedad, voy á leeros mi amoroso epigrama:

ROCHESTER lee lo siguiente.

"Enciéndese mi alma en vuestros ojos, en los que el dios Cupido llamea con su fuego abrasador; son como dos espejos que concentran la llama que ha encendido, y que quema mi ardiente corazón."

Qué os parece?

CARR, que oye primero con atención y despues con sombrío disgusto, se levanta furioso y derriba la mesa.

CARR. Demonios! Infierno! ¡Condenación! Perdónenme el cielo y los santos si juro, pero no puedo ver á sangre fría que se desborda ante mis ojos el torrente de la impudicia. ¡Huye de mí, edomita! Huye, amalecita! Huye, madianita!

ROCH. (Riendo.) ¡Este tipo es más divertido que Ormond!

CARR. (Indignado.) Tú, como Satanás, me has llevado á lo alto de la montaña, y me has dicho:—Tú, que sales de un ayuno austero y que tienes sed, toma; ahí tienes á tu disposición toda la tierra.

ROCH. Perdonad; solo os he ofrecido un vaso de vino.

CARR. ¡Yo que le oía como á un espíritu celeste! Y él, en vez de los tesoros puros de un corazón casto y sereno, me ha hecho ver una llaga.

ROCH. Un madrigal es una llaga?

CARR. Una llaga espantosa, en la que se vé el papismo, el amor, el episcopado, la voluptuosidad y el cisma. Una úlcera incurable, en la que Moloc-Cupido vierte á Astarté y sus vicios.

ROCH. Perdonadme otra vez; no es Astarté, es la ninfa Egeria.

ORM. Sois un par de locos.

CARR. No, estos hombres no son santos.

ROCH. Por fin lo conoces?

CARR. ¡Esto es un club de demonios, un sábado de papistas! ¡Estos son caballeros! Salgamos.

ROCH. Adios, querido.

CARR. (Dirigiéndose hácia la puerta.) ¡Mis piés caminan sobre carbones encendidos!

ESCENA VI.

Los mismos, el coronel JOYCE, el mayor general HARRISON, el adornista BAREBONE, el teniente general LUDLOW, el coronel OVERTON, el coronel PRIDE, el soldado SYNDERCOMB, el mayor WILDMAN, los diputados GARLAND y PLINLIMMON y otros puritanos.

Entran procesionalmente, envueltos en las capas.

JOYCE. (Deteniendo á CARR.) Qué haces? ¿Te vas cuando yo llego?

CARR. Nos han engañado! ¡No entres en Ninive! Sal de este lugar maldito! Estos son caballeros, no son santos!

JOY. (Bajo á CARR.) Pero necesitamos á estos caballeros; sus brazos nos defienden, son nuestros aliados.

CARR. No debemos aliarnos con los hijos de Belial.

JOY. No seas necio y permanece aquí.

CARR. (Resignándose.) Pues bien; me quedaré para preservaros de su contacto funesto.

Los tres caballeros se han sentado á una mesa de la derecha del teatro. Los puritanos, agrupados á la izquierda, hablan entre ellos en voz baja y lanzan de vez en cuando miradas de odio á los caballeros.

ORM. (En voz baja á DAVENANT.) Tarda en venir el perezoso Lambert.

ROCH. (Bajo á los otros dos.) Los santos parece que están sombríos y recelosos; están inquietos, y eso que no somos más que tres. (Mirando hácia la puerta del fondo, que se abre.) Pero ya nos llegan de refuerzo Sedley, Roseberry, lord Drogheda y Clifford.

ORM. Y el ilustre Jenkins, consejero del tirano y cuya virtud persigue porque la teme.

ESCENA VII.

Los mismos, SEDLEY, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE y CLIFFORD; el doctor JENKINS vá vestido de negro y entra con otros realistas. Todos se saludan.

ROSEBERRY. Rochester! Ormond! Davenant!

ORM. Decid nuestros nombres en voz más baja.

ROSEB. No habia visto á esos cuervos.

ORM. Cuidad, milord, de no servirles un día de pasto.

ESCENA IX.

Los mismos y el teniente general LAMBERT.

ORM. Ya está aquí Lambert!

CARR. (Incomprensible misterio.)

LAMBERT. ¡Salud á los antiguos amigos de la antigua Inglaterra!

ORM. (A los que están á su lado.) Se acerca el momento de dar el gran golpe; concluyamos de sellar nuestra alianza.

Avanza hácia LAMBERT, que viene á su encuentro.

Jesús crucificado...

LAM. (Interrumpiéndole.) Por la salvación de los hombres.—Estamos dispuestos.

ORM. Dispongo de trescientos gentiles-hombres, y á mi lado están sus jefes. Cuando le derribamos?

LAM. Cuando será rey?

ORM. Mañana.

LAM. Pues mañana.

ORM. Está dicho.

LAM. Está dicho.

ORM. A qué hora?

LAM. Al medio día.

ORM. En qué sitio?

LAM. En Westminster.

ORM. Queda pactada nuestra alianza.

LAM. Nuestra alianza leal.

Se estrechan ambos la mano. Despues de una pausa, LAMBERT dice aparte.

(Mia será la corona. Despues que me sirvais como yo quiera, el cadalso de Capell no está tan carcomido que no pueda soportar aun un tajo para colocar tu cabeza.)

ORM. (Se cree subir al trono y sube á la horca.)

LAMBERT cruza los brazos sobre el pecho y dirige las miradas al cielo. Los puritanos toman actitud de éxtasis y de plegaria. Los caballeros están sentados á la mesa; los jóvenes beben alegremente. ORMOND, WILLIS, DAVENANT y JENKINS parece que sean los únicos que oigan la arenga de LAMBERT.

LAM. Piadosos amigos! Ha llegado el caso de que, desconociendo el derecho y la voluntad del pueblo, un hombre que se llama á sí mismo protector de Inglaterra quiere arrogarse el título hereditario de los reyes. Por eso acudimos á preguntaros si conviene castigar su orgullo impudente, y si creéis que debemos vengar con nuestras espadas la usurpación y dictar contra él sentencia de muerte.

TODOS. (Menos CARR y HARRISON.) ¡Muera Oliverio Cromwell!

LOS PURITANOS. ¡Exterminemos al traidor!

LOS CABALLEROS. ¡Muera el usurpador!

CLIFFORD. Aquí ya están las mesas en tierra; veo que hay dos vasos en vez de tres. Quién ayuna de vosotros? Repararemos este desorden.

Levanta la mesa y llama al mozo de la taberna, que saca brocs de cerveza y de vino. Los caballeros jóvenes se sientan á beber. Sigue hablando el mismo.

Tengo hambre y sed.

CARR. (Estos malditos paganos siempre tienen hambre y sed.)

ESCENA VIII.

Los mismos y SIR RICARDO WILLIS, con barba blanca y aspecto de enfermo.

ORM. Sir Ricardo Willis!

Los caballeros se levantan y van á su encuentro; anda con dificultad. ROSEBERRY y ROCHESTER le ofrecen el brazo y le ayudan.

WILLIS. Vengo arrastrándome hasta vosotros libre de mis cadenas. Aquí me teneis débil y moribundo por las persecuciones con que me ha atormentado Cromwell. Pero no soy digno de compasión, si ya cerca de la tumba, á la que él me conduce, mi débil brazo puede desasirse de sus hierros y contribuir á restablecer el trono legítimo, y si el cielo me permite que las últimas gotas de sangre que me quedan las derrame por el rey.

ORM. Sublime lealtad!

ROCH. Abnegación venerable!

WILL. Soy el más insignificante entre vosotros, pero tengo el honor de ser el servidor del rey más perseguido. ¿Qué esperamos ya?

ORM. A Lambert, que no ha venido aun.

WILL. (A ORMOND.) ¿Quiénes son esos sectarios?

ORM. Aquellos son los parlamentarios Plinlimmon y Ludlow, aquel otro Carr, y el de más allá Barebone, adornista.

WILL. No le conozco.

DAV. Barebone es gran enemigo del poder tiránico. Él proscribió la cabeza de Cromwell coronado y sus manos trabajan para la obra de la coronación; trabaja en loor de Dios por las pompas del diablo.

WILL. Quiénes son esos otros?

ORM. Los tres regicidas Harrison, Overton y Garland.

CLIFF. Cuál de los tres es Satanás?

ORM. Silencio, milord, que allí está declamando el raptor del rey, Joyce.

ROSEB. Raza infame!